

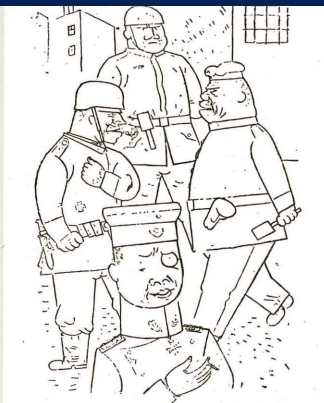
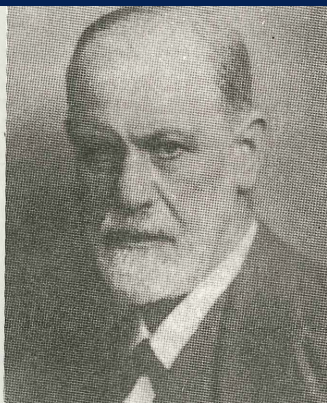
MIGUEL GIUSTI - HORST NITSCHACK
EDITORES

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

ESTUDIOS SOBRE LA RECEPCION DE LA
CULTURA ALEMANA EN AMERICA LATINA



Capítulo 5



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1993



Primera edición, agosto de 1993

Diagramación: Yoryina León Mejía

Encuentros y Desencuentros

Copyright © 1993 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18. San Miguel. Apartado 1761. Lima 100, Perú. Telfs. 626390, 622540, Anexo 220.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos Reservados
ISBN 84-89309-79-5

Impreso en el Perú - Printed Peru

HUMANISMO: EUROPA Y AMERICA LATINA: ¿CAMINOS DIFERENTES?

Raúl Valenzuela Lama

Hombre soy y nada humano me es extraño

Terencio

En el contexto de la reflexión teórica sobre las relaciones entre Europa y América Latina es importante incluir un tema que a pesar de su importancia no ha merecido entre nosotros la atención debida. Me refiero al tema del humanismo. Ya al epígrafe indica que lo que queremos es cuestionar la noción misma de humanismo; ello para precisar en cuál de los múltiples sentidos del término queremos poner el acento.

El término

El origen latino del vocablo *-homo-* haría pensar a primera vista que el humanismo se origina en Roma. Sin embargo, como ocurre con tantas otras cosas, la conceptualización y la tematización teórica de este motivo alcanzan un gran nivel y una alta diferenciación ya con los griegos. Y es que ellos tuvieron la fortuna de habitar un medio ambiente privilegiado, realmente hecho a la medida del hombre: reto factible, demanda accesible. Más que sobrevivir, el hombre puede allí vivir una vida humana, progresar. Viéndose capaz de dominar una naturaleza exigente pero no letal, el griego desarrolló un legítimo orgullo humano, un sentimiento de dignidad. No es que se creyera el "rey de la creación"; se sentía parte de ella, reconociendo su armónica racionalidad, su lógica; y lo hacía teniendo como instrumento a esta misma lógica convertida en agente vivo en su consciencia, instrumento para entender, capaz inclusive de concebirse a sí mismo. La razón, el

orden natural racional, se hacía sujeto consciente, primero, y objeto inmanente de su *propio y renovado quehacer*, después.

Recordemos las veces que, en la teoría del arte griego, se mencionan conceptos como 'la divina proporción', 'la regla áurica', la proporcionalidad de las partes del cuerpo humano entre sí y con los demás elementos de la naturaleza, etc. Sus dioses, por otro lado, no son ajenos o imposibles, están ahí entre ellos, sus moradas —templos y montes— son accesibles; pequeños e interactuando con los hombres, son dioses comprensibles, a la medida del hombre.

Las frases "el hombre es la medida de todas las cosas" de Protágoras, o "conócete a ti mismo" de Sócrates, o aquella de *La política* de Aristóteles: "*ántropos zoón logón ecón*"; el hombre es el animal capaz de darle eco a su logos; esto es lo que lo diferencia de los demás animales, el poder decir si algo es útil; es decir, prosigue Aristóteles, si es bueno o malo. *El hombre tiene logos*.

El hombre era, pues, ese raro animal dotado de la capacidad de pensar lo que fuera mejor: ¡pobre hombre: eso lo hacía libre! Sin la segura guía de los instintos, sin la respuesta inevitablemente determinada a cualquier estímulo que lo conmoviese, el hombre quedaba abierto, sujeto al juicio de sus cuentas. Muchos filósofos han reflexionado al respecto: Nietzsche nos dice en su *Genealogía de la Moral*: "...de un (sólo) golpe fuéronles depreciados todos sus instintos y 'colgados' (en la pared). Tendrían, a partir de ahí, que andar sobre sus propios pies y cargar consigo mismos... una terrible pesadez yacía sobre ellos"¹. Y Jean Paul Sartre enuncia en su famoso discurso *El existencialismo es un humanismo* de 1946, esa terrible frase que dice que "el hombre está condenado a ser libre"².

-
1. Nietzsche, Friedrich. *Zur Genealogie der Moral*; in Werke III, S. 270f. Ullstein - Frankfurt, Berlín, Wien 1984 (Trad. R.V.).
 2. Sartre, Jean Paul. *Der Existenzialismus ist ein Humanismus*. Europa Verlag, Zürich 1947 (Trad. R.V.).

Son los griegos quienes convierten al hombre en sujeto y objeto del *logos*. Nace pues con ellos el Humanismo, entendido como el hombre que tiene en sus manos la dirección inteligente de su destino.

Alguien dirá que eso sería –por así decirlo– un humanismo griego, y que no se puede hacer analogías. Yo le respondería que con ese argumento tampoco podríamos tirar jabalina o llamarle física a la física. Es, pues, necesario hacer algunas precisiones. Porque si no, siempre podría aparecer alguien que pretendiese circunscribir el Humanismo al movimiento espiritual de la Europa del siglo XV. Hagamos, entonces, una revisión de los conceptos que pudieran estar contenidos en el vocablo ‘humanismo’.

Lo universal

Encontramos, en primer lugar, algunos elementos que están contenidos en el núcleo mismo del vocablo; son elementos intrínsecos a la condición humana, que por las más diversas razones y los más variados caminos descubren todos los pueblos en los diferentes estadios de desarrollo. A ello corresponden la domesticación de animales, y su consecuencia: la ganadería; el ciclo reproductivo de la naturaleza, y sus consecuencias: la agricultura y la vida sedentaria; también la alfarería, la aritmética, la política, la música, las artes plásticas, los dioses... todas éstas son cosas que pertenecen, más aún, que hacen al hombre de todos los pueblos y todos los tiempos. Nadie puede arrogarse su exclusiva paternidad: iban haciendo al hombre a medida que el hombre las descubría; están en la base de lo humano, y han emanado de ella: el hombre hace al hombre.

Lo particular-universal

Hay otros elementos *que son descubiertos ‘primero’* por tal o cual pueblo o persona. Dichos elementos, sin embargo, pasan inmediatamente a ser patrimonio de la humanidad: la América de Colón, el Hamlet de Shakespeare, la imprenta de Gutenberg: Ni América fue nunca exclusiva de los españoles, ni Shakespeare de los ingleses, ni la imprenta de los alemanes. Podríamos decir que, si no hubiera sido

Colón en 1492, habría sido algún otro en 1493 ó 1494? ¿Nadie, acaso, aparte de Shakespeare, percibiría el dilema de Hamlet? ¿Se habría quedado acaso la humanidad sin imprenta a falta de Gutenberg?

A veces, al estudiar historia, oímos decir que no fue tal o cual hombre o país en particular el que logró algo, sino que la historia toda se encaminaba ya en esa dirección, que la figura individual fue tan sólo el catalizador de las dinámicas que alentaban en determinado sentido; Quijote y Sancho son de todos los hombres, tanto como los polos o el álgebra.

Estos dos tipos de elementos que he llamado lo universal y lo particular-universal, pertenecen a todos los hombres, al Hombre, en sí. Más que pertenecerle, lo hacen lo que es, y lo seguirán haciendo, lo que en el futuro habrá de ser. Todo lo que es esencialmente valioso para un hombre, lo es igualmente para *el Hombre*.

Lo particular

Es innegable, empero, que existen particularidades; las corridas de toros, el teatro Noh, aquellas jóvenes que son consideradas más hermosas mientras más grandes tengan el labio inferior. Aún cuando sospecháramos que todas estas cosas tan extrañas forman también parte del acervo general de la humanidad, y que podrían, en consecuencia, ser comprendidas por todos; lo que definitivamente no podríamos hacer, sería presentárselas a la humanidad entera como tan esencialmente valiosas, que ella misma tendría un real interés, casi una obligación de incorporarlas al bagaje y al instrumento conductual universal.

Hay, pues que distinguir entre lo universal y lo autóctono. Lo universal en cualquiera de sus dos formas, universal-particular o universal a secas es lo propio del humanismo, del humanismo universal. A ello pertenece todo lo que más arriba hemos señalado que delineó y tematizó de una vez por todas la Grecia clásica. A ello pertenecen, sobre todo, la razón y la idea de que, con ella de instrumento, el hombre se hace responsable de su destino. Es ese el sentido del término humanismo que queremos rastrear en el ámbito de la historia eu-

ropea, de la historia Latinoamericana y, con restricciones, en el de la historia universal.

Complemento Griego

No quisiera acabar con Grecia sin mencionar muy especialmente a Atenas. En Atenas se encumbró la cultura humanística al cenit de la antigüedad. Hegel sostiene que la evolución del espíritu es una evolución hacia la libertad: "...no saben que el espíritu, o el hombre como tal, es libre en sí. Y como no lo saben, no lo son. Sólo saben que hay uno que es libre. Pero precisamente por esto, esa libertad es sólo capricho... Este uno es, por lo tanto un déspota, no un hombre libre, un humano. La conciencia de la libertad sólo ha surgido entre los griegos y por eso han sido los griegos libres. Pero lo mismo ellos que los romanos sólo supieron que algunos son libres, mas no que lo es el hombre como tal. ...Sólo las naciones germánicas han llegado, en el cristianismo, a la conciencia de que el hombre es libre como hombre, de que la libertad del espíritu constituye su más propia naturaleza"³.

El espíritu, entendido como razón, alcanza la cumbre en la Atenas de Platón y Aristóteles. También el hombre entendido así, libre de toda otra atadura que no fuera su libre albedrío. Ni siquiera sus dioses les señalaban "el seguro camino del bien".

Todo tiene, empero, su ciclo, y a Grecia también le alcanza la decadencia. Cuando, para usar una frase de Wilhelm Windelband, "...los hados del mundo exterior descargaban sus golpes demoledores sobre pueblos enteros y formidables imperios, la promesa de la dicha y el goce del hombre parecía haberse refugiado en el interior de la personalidad"⁴. Es ahí que surgen dos doctrinas éticas de inaudita severidad: el estoicismo y el hedonismo. Ambas hacen recaer sobre el hombre la responsabilidad absoluta de lo que él logre, del grado de

3. Hegel, G.W.F. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. (op. post.). Revista de Occidente, Buenos Aires 1946 2.

4. Windelband, Wilhelm. *Qué es la filosofía*. Buenos Aires, 1949.

virtud y felicidad que alcance; adscribiéndole, empero, diferente instrumental para alcanzarlo. No es el momento para detenernos sobre esto; pero era necesario mencionarlo. También aquí la figura egregia y a la vez desamparada es el hombre, dueño de sí o abandonado.

Vemos, pues que la historia griega es la historia del hombre en el camino hacía sí mismo. Y aunque se arguya que arribó sólo parcialmente, ...que su propia imperfección, es decir su limitación a un solo estamento de la sociedad griega, lo llevó a la desaparición, nadie podrá quitarles el mérito de haber sido el pueblo de la Historia que elevó la dignidad de la razón al lugar que le corresponde: al de ser el ente decisorio de los destinos del hombre: con ello, pues, los griegos son, amén de muchas otras cosas más, los primeros humanistas.

Los romanos

Ya entre los romanos comienza a perderse esa independencia de la razón: el aparato estatal es gigantesco; el número y el poder político de quienes no son ciudadanos romanos pero tienen, sin embargo, algo que decir, es enorme; la diversidad de tradiciones, escalas de valores, cosmovisiones y patrones culturales en general hace casi imposible el acuerdo racional entre todos los participantes de la vida social; las guerras y el imperialismo, por último, anulan toda posibilidad del *logos*-palabra; desaparecido el *diá-logo*, el incipiente humanismo griego se marchita y muere.

El cristianismo

El desarrollo llegaría por donde menos se le esperaba: "mi reino -habría de decir un pequeño y oscuro pescador de Galilea, provincia romana casi inubicable en el mapa- no es de este mundo". Esto no quiere decir que el humanismo desapareciera en todo sentido. Es otra faceta del mismo la que, a partir de ahora, cobrará la supremacía: hay quienes le llaman humanismo transcendental, y está presente en los más variados signos de la religión del Nuevo Testamento: términos como "el hombre" o "el hijo del hombre" se repiten con frecuencia.

Jesús de Nazareth nunca dice que "el padre" mande en la tierra; sus parábolas se refieren siempre "al reino de los cielos": que no es éste, éste es el mundo del César. También en este primitivo mundo cristiano, pues, está el hombre en sus propias manos; él ha de decidir sobre su vida y —esto es relativamente nuevo— sobre su 'vida después de la vida'.

Hay, además, otros matices del valor ético fundamental que han llevado a algunos a hablar de un humanismo cristiano. Aparecen en imágenes que expresan no las posibilidades, sino los límites del ser humano, su debilidad y su estar expuesto: las tentaciones en el desierto, la ira en el templo, la compasión ante las insuficiencias de sus discípulos, el respeto por el hombre mismo, tal como él es. El propio Jesús es pleno hombre. Como tal, tiene debilidades, y exclama en la cruz, "padre, ¿por qué me has abandonado? —y también— ¡padre, aparte de mí este cáliz!" Eleva la caridad, es decir el amor del hombre por el hombre, a la dimensión de lo divino, a la del perdón y la comprensión: se entrega, como sujeto de una culpa en verdad inexistente, para salvar a los demás hombres; "yo soy el camino —dice—, la verdad y la vida". Ese yo que se sabe justo y muere, sin embargo, por los demás; la piedad elevada más allá de la vida y de la muerte. Coman y beban de esto, dice, y yo estaré con ustedes. Sean humildes, dice, como lo soy yo. No cabe duda, fuera o no Dios, Jesús de Nazareth, como ser humano, era extraordinario.

Y como tal, además, instituyó su iglesia: le dice primero a Simón que lo negaría tres veces antes de que el gallo cantase, y luego, sabiendo de esta debilidad, le dice: tú eres piedra, y sobre ti edificaré mi iglesia, ¿Cómo es piedra, si es débil? Jesús edifica su iglesia sobre la humildad de quien reconoce su debilidad. Esa es su fuerza. Así morirían los cristianos de los primeros tiempos: y mientras más morían, más vivían en las conciencias de los romanos abandonados de sus dioses, de su fuerza, de su imperio y de su derecho. El romano que iba al circo a ver morir a los cristianos una tarde de domingo de verano, salía con el alma llena de contradicciones y una gran inquietud: ¿qué tienen éstos, que no tenga yo? ¿qué tienen éstos, que les da su paz? Y poco a poco se van pasando a su bando: En el siglo IV Roma oficializa su cristianismo, y el Cristianismo pasa de la clandestinidad y la infor-

malidad a ser la religión oficial del imperio. ¡Quién sabe si estuvo bien así!

La jerarquía

El poder corrompe, decía Montesquieu; y el poder que adquirieron los jefes de San Pedro era enorme; corrompía, pues, enormemente. Desarrollaron, sobre todo, un tipo de poder hasta entonces inexistente: el poder sobre las conciencias. Amparados en aquella parte del Evangelio que decía que "todo lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo", se arrogaron potestades a la altura de las cuales ellos mismos no se encontraban.

A ello se suman la caída del Imperio Romano, los reinos bárbaros, la presencia del Islam a partir del siglo VII y, en general, una decadencia de la calidad de vida en todo orden de cosas: las ciudades prácticamente desaparecieron, y con ellas, el comercio, el intercambio de bienes y servicios, pero también el de cultura, saber y tecnología. Toda religión cuando recién accede al poder, desarrolla características similares: intolerancia, autoritarismo, persecución de quienes piensan distinto, prejuiciosa negación del saber emanado de otras fuentes.

Cae por su propio peso, pues, que en este contexto de vida civil tan deteriorada, de inicuos contubernios en la cúpula dirigente, de cultura religiosa estrecha y totalitaria, de inmoralidad, autoritarismo y de una remisión absoluta de todo orden vital a la religiosidad fanáticamente malentendida, las posibilidades de cultivar el humanismo en cualquiera de sus formas y vertientes expuestas hasta ahora eran prácticamente inexistentes. La razón había sucumbido a la ignorancia y la clemencia, al poder. La ciencia griega había desaparecido a cambio de una fe ciega, y el amor al prójimo a cambio del despotismo feudal o monástico. Un pueblo de 'siervos de dios... y del amo'.

¡Qué lejos las historias de Aristóteles, según las cuales debe mandar el que entiende! ¡Qué lejos la humanidad del de Nazareth! ¡Qué lejos del hombre estaba el hombre!

España

Mahoma alucinó que dios le hablaba. Hoy en día lo internarían en un asilo. Pero él fundó una religión. Postuló la "guerra santa"; hay que imponerle a los demás la buena nueva, si no quieren escucharla: cuando lo 'vean' sabrán agradecerémoslo. Amparados en estas concepciones, los musulmanes conformaron un vasto imperio que, a partir de 711 d.C. incluyó a la península Ibérica.

Claro está que lo españoles combatieron la presencia islámica; su dominación les sirvió como catalizador de su identidad: se fueron definiendo en parte por oposición al 'otro', lo que es una forma de relación con él. 800 años estuvieron los árabes en España. Llevaron consigo su espíritu artístico de gasas y filigranas; llevaron el fanatismo de su mandato religioso; pero llevaron también la razón y la ciencia griega, que habían conservado y aumentado con elementos tan fundamentales como el álgebra y los números, llamados por eso 'arabigos'. Averroes (1126-1198), "el comentarista" por antonomasia de Aristóteles, era de la ciudad de Córdoba. Su obra intentaba una síntesis entre la fe islámica y la filosofía griega. ¿Síntesis imposible entre la fe y la razón? Lo cierto es que Averroes fue perseguido y obligado a abjurar de sus 'infieles doctrinas'. Luego de varios siglos de confrontación, triunfa la fuerza sobre la razón: condenado a muerte, también en España perecía el juicio.

A ello debemos sumar la otra vertiente, quizás más auténticamente hispánica, la vertiente llamada celtíbera: los celtas conformaban una enorme nación de vagabundos de la Europa primitiva, no tenían territorio fijo, eran muy artistas, muy fanáticos y muy violentos: las sagas celtas irlandesas que han llegado hasta nosotros son de una indecible crueldad; no son por acaso la violencia y la crueldad del Ejército Revolucionario Irlandés, (como no lo son tampoco las de Sendero Luminoso); las corridas de toros se remontan a tradiciones celtas y su idilio con la muerte engendró a Jorge Manrique, al oscuro Góngora y a Francisco Goya. Vándalos y Godos, símbolos del poder de la fuerza sobre el de la razón, completan el plano básico del mosaico. Enormes espadas de acero toledano que cortan de un tajo (tampoco es un acaso el nombre de tan importante río) sólidas mesas de

encina de la dura y fría meseta castellana: estos son los símbolos de la lucha entre la cruz y la medialuna, y a la vez sus instrumentos.

(Se cuenta que una vez discutían acaloradamente un castellano y un moro, y no pudiendo el primero esgrimir más argumento, sacó indignado su enorme espada toledana y partió de un tajo una gruesa mesa de dura encina al par que gritaba: "¡bueno pues, está es nuestra fuerza!" El moro, a quién parecía sobrarle igualmente poco argumento, sonrió entre cínico y seguro, mientras extraía de entre sus tules y vendajes una gasa que arrojaba al aire y cortaba tenuemente con afiladísima daga en dos partes largas, lentas, que caían al suelo separadas, al par que replicaba: "Y ésta, la nuestra"). 800 años convivieron estas tendencias; 800 años en que no hubo ni el más mínimo espacio para el humanismo. El hecho de que 1492 fuera el año en que los españoles recuperasen el último reino moro, Granada, es uno de los datos más curiosos y menos realzados de la Historia Universal; Isabel y Fernando habrían de unificar España con la cruz en una mano y la espada en la otra. Ese mismo año habrían de lanzarse con todas sus fuerzas —que, ya hemos visto, son brutales— a la conquista y al montaje de lo que habría de ser el imperio más grande y poderoso que hasta ese momento habría conocido la humanidad.

Es importante hacer aquí algunas precisiones respecto al tema que nos convoca. *En la España árabe no hubo humanismo*. Y no lo hubo en ninguna de las dos grandes vertientes que aquí hemos desarrollado. La razón, por un lado, fue oprimida por el fanatismo religioso musulmán, el cual, por otro lado, contagió a la religiosidad cristiana; y está claro: una fe sólo se puede defender frente a los embates de otra fe, acendrándose en sí misma. Ninguna de estas dos fes purificadas tendrían espacio para humanitarismos. No hubo humanismo en España ni aún cuando el resto de Europa regresaba a él; o al revés, más bien, cuando él regresaba a Occidente; o, mejor todavía, cuando Occidente se reencontraba a sí mismo luego de un milenio cataléptico.

El reencuentro

Al capturar España, los musulmanes le permitieron a algunas órdenes de monjes mendicantes medioevales reparar en los riesgos a

que estaba expuesta la fe cristiana; no eran sólo sus hermanos en Cristo, quienes habían caído en manos de los infieles, sino que su misma fe, sus creencias, su propio dios, era cuestionado y hasta prohibido. Estos monjes medicantes bajaban en sus andanzas hasta España, con la esperanza de salvar su fe y a sus hermanos cristianos de las garras de los sarracenos.

El perseguidor perseguido. Fueron por una cosa y regresaron con otra.

El conflicto que se había dado en la España árabe entre el fanatismo y la razón, hacía tiempo que se había decidido en el sentido del primero. Averroes había sido obligado al silencio, y toda la filosofía y la ciencia griegas, que habían sobrevivido hasta ese entonces, fueron condenadas a muerte. Pero antes, felizmente, habían sido vastamente traducidas al hebreo por filósofos judíos como Moisés Maimónides.

En la introducción a su Manual de Historia de la Filosofía Windelband escribe esta interesante frase: "...el arduo y difícil trabajo intelectual con el que tres grandes religiones se esfuerzan por asimilarse la ciencia griega"⁵. Desprovistas, en principio de un aparato conceptual, obtienen provecho de tesis como las del Ser de Parménides, el *logos* de Crisipo o el *nus* de Plotino, cuyas características reconocen, o creen reconocer, en "el padre, el hijo y el espíritu santo".

No era sino razonable, es decir, humano, que estos trabajadores intelectuales de las distintas confesiones entrasen en contacto, en *dialogos* entre ellos. Y es así como los monjes cristianos, llegados a pie a España, abiertos, conocedores de lo que algunos han dado en llamar 'la otredad del otro', respetuosos de la misma, humildes y más o menos racionales, trabaron contacto con la sabiduría griega olvidada mil años por el Occidente, se asombraron de sus avances y de su conocimiento. El ave fénix no llega a extinguirse del todo nunca, renace justo antes de hacerlo. Renace con un canto como el de los cisnes cuando mueren. Una brizna vuelve a Europa; la civilización, irónicamente, le llega desde España y desde el Africa.

Las cruzadas

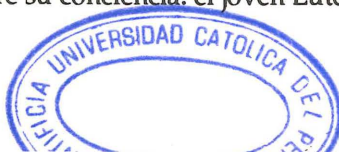
El otro catalizador es la toma de Jerusalén. Todas las fuerzas de la vieja Europa se juntan para ir a rescatar el 'santo sepulcro' de las garras herejes. Los señores feudales montan huestes a la cabeza de las cuales se colocan; dejando sus feudos poco menos que abandonados. Los siervos que quedaban, en una mezcla de fuga con cruzada y conquista, marchaban espoleados por ermitaños alucinados. Muchos desertaban o eran abandonados a medio camino: habían, sin embargo, conocido otros mundos, otras gentes y cosmovisiones, y habían conocido sobre todo la libertad. Desertores, se instalaban donde mejor podían: que hubiese vías de comunicación y posibilidad de sobrevivir encierros: reaparecen así los primeros burgos: Salzburgo en Austria, Rotemburgo en Alemania, Estrasburgo en la frontera francesa; Hamelín, la del flautista; Brujas, la de los canales y el comercio; Münster, la de los anabaptistas.

La burguesía

Renace la vida urbana. Ocupados los sarracenos en defenderse en Oriente, no pueden ya más aterrorizar el Mediterráneo occidental: renace el comercio, el intercambio de bienes y servicios, pero también el de tecnología y ciencia: aparecen mercaderes y banqueros, se desarrolla la cultura: los Medici y los Sforza en Italia, los flamencos en el norte de Europa. La imprenta permite difundir las ideas, el poder económico secular y algunos vestigios de aristocracia, permiten el mecenazgo que cultiva el espíritu: Giotto, Cimabue, Dante; luego Bocaccio, Leonardo, Miguel Ángel, Petrarca; y como corona de ese enorme movimiento, Erasmo de Rotterdam, el más grande humanista.

Hay un despertar de las ciencias: Copérnico, Galileo, Nostradamus. Y el de la filosofía: Bacon y el nuevo método inductivo y experimental. El espíritu se liberaba, se recordaba a sí mismo. El hombre volvía al hombre. Renacía el humanismo.

Y una cosa no iba a tolerar este hombre: que otros, cuya conducta les hiciera perder toda autoridad moral, siguiesen teniendo autoridad de *facto* sobre su conciencia: el joven Lutero viaja a Worms, donde



se asquea de la molicie y la corrupción de la jerarquía. Vuelve al Wartburg, traduce la biblia al alemán, y declara gravemente que cada hombre es responsable frente a sí, frente a dios y a su conciencia. Dueño de su persona, de su razón y de su hacienda, el hombre debía ser también señor de su alma. Se inicia uno de los procesos más profundos de la Historia Universal: la reforma del cristianismo.

Al respecto, M. Bataillon en su obra *Erasmus y España* (1937 - F.C.E. 1982^A), refiere las largas y denodadas gestiones de Erasmo ante las autoridades político-religiosas españolas, tratando de convencerlas de que debían permitir y hasta fomentar una auténtica reforma del catolicismo desde dentro. Todas sus tentativas, sin embargo, se habrían frustrado contra la tosudez, el fanatismo y sobre todo la enorme resistencia a abandonar el poder de manejar las conciencias, que el *status quo* les permitía. Decepcionado, habría Erasmo abandonado todo intento, convencido de que el ropaje religioso en que le presentaban los contraargumentos no era sino el hábito monacal que escondía al lobo. Trágico como suena, en la España post-morisca tampoco hubo humanismo. En España no se reformó el hombre; mal hubiera podido, pues, reformar luego su visión de Dios. Musulmanes, celtas, visigodos y vándalos lo habían hecho, por largo tiempo, imposible. Ausentes estas dos condiciones, claro, las otras dos que se requiere para acceder a la modernidad —las reformas del entendimiento y del Estado— tampoco habrían de llegar. Esta España que se cierra a la modernidad, es la que habrá, luego, de constituir uno de los dos grandes pilares de lo que hoy llamamos Perú.

El otro, claro, era la América Pre-colombina.

La América autónoma

Dice Octavio Paz, refiriéndose a la meseta mexicana, que ésta era un mundo en sí, un universo con sus componentes, su dinámica y su propio desarrollo. Otro tanto podría decirse para el resto de la América del periodo de desarrollo autónomo. Este no es el espacio para remitirnos a la investigación de sus orígenes. Leámosla, simplemente, desde los dos criterios teóricos expresados: el acceso a la razón que hace libres, y la miseria con la que dicha libertad convoca a la ternura.

Por más que se quiera ampliar el concepto de escritura, incluyendo quipus, códices mayas o el calendario azteca, nadie podrá afirmar que los pueblos americanos tenían escritura, como nosotros la comprendemos: es decir, el instrumento de conservación y difusión del pensamiento crítico y creativo a todo nivel y sin más restricción que las de su propia naturaleza. Esas técnicas eran, en todo caso, secreto de privilegiadas castas, a las que les fue dado, como había dicho Aristóteles de los sacerdotes egipcios, tener ocio. Tal vez lo máximo que podríamos decir, siguiendo el esquema hegeliano, es que algunos eran libres, pero no que todos. Es decir, no habían percibido aún que la libertad es inherente a la condición humana. A falta de la difusión del cultivo de la racionalidad científica, las técnicas se desarrollaban y se "transmitían" a través de la experiencia. Transmitían entre comillas: pues para adquirir experiencia, hay que experimentar; sólo quien tiene el concepto, es decir la abstracción, puede enseñar. En el caso de la América precolombina, entonces, estamos frente a un ejemplo fronterizo entre la prehistoria y la historia, hablando en términos clásicos; es decir, a falta de escritura. Mitos, usos y costumbres, tradiciones y reglas prácticas más o menos incuestionadas: el acervo pre-filosófico, pues. Nadie discute que lo llevaron a un punto de desarrollo extraordinario; que quizá más allá que cualquier otra civilización; que, si hubieran seguido su camino sin el "tajo" de la Conquista, hubieran dado el salto poco después de la lucha entre Huáscar y Atahualpa, o cuando otras tribus menos fanatizadas sucedieran a los aztecas. Esas son elucubraciones, plausibles, pero nada más. Lo cierto es que desde el punto de vista de la razón (o con Descartes, de la duda liberadora), el humanismo, en el sentido de Hegel, no existió en este continente.

Y esto tuvo, entre otras, también aquí como causa el totalitarismo: recordemos nomás que entre los incas habían las escuelas para los nobles, donde les enseñaban a gobernar —es decir a pensar—, y las escuelas populares, en las que les enseñaban a sembrar, cosechar, hacer vestido, cerámica y habitación —es decir, otra vez siguiendo la clásica dicotomía amo-esclavo de Aristóteles, a obedecer. Al pueblo no se le permitía pensar: la paz era garantizada por la costumbre, la creencia y la tradición: el reino milenario, equilibrado y, visto desde el punto de vista del derecho formal, quizá hasta justo. Pero no humano, no libre.

El otro criterio de humanismo que hemos elaborado no se condice para nada con los crueles dioses que demandaban sacrificios humanos, en Pachacamac como en Chavín, como en Tenochtitlán. Eran religiones todavía incipientes vinculadas al temor de dios; dioses que castigaban con el rayo, el trueno; como el Zeus del inicio castiga a Prometeo, por robar el fuego, es decir, por querer saber. Mucho más tarde, un Zeus 'más humano' libera a Prometeo, aunque lo obliga a llevar un anillo en señal de sumisión. En todas las civilizaciones que pudieron seguir su desarrollo sin graves cortes de fuera, los dioses se volvieron 'más humanos': lo fue Wiracocha, como lo fue Akenatón en Egipto. Tarde o temprano estos dioses 'impusieron' su cordura, su comprensión. En América aparecieron, pero nunca llegaron a tomar definitivamente la posta. El corte universal trastocó este desarrollo.

En lo político avanzaba también el hombre de estos lares hacia una mayor humanización: la lucha entre Huáscar y Atahualpa era signo del diálogo entre la cultura inca y otra que accedía a la civilización: la de Quito. Estos diálogos, sumados a los amplios mercados y rutas comerciales existentes (como ejemplo podemos decir que en la tumba de Sipán se ha encontrado joyas de lápizlázuli, existente sólo en Centro-américa y en Chile), estos intercambios hubieran fomentado la razón: el *dia-logos*. Las ciudades habrían ido adquiriendo el carácter de burguesas, en la medida en que las aristocracias terratenientes fuesen desapareciendo, quizá después de un retorno feudal, como fue con Roma, o como fue en Japón. Tal vez se hubiera desarrollado y difundido la escritura: en Sudamérica había una *lingua franca* —el quechua— y eso hubiera permitido no sólo que el inca comiese pescado de la costa, sino que muchos seres humanos entrasen en contacto entre sí, saliendo del milenarismo. Tal vez la planificación central hubiese sido reemplazada por sistemas más flexibles de mercado. Tal vez, en fin, la racionalidad técnica y el amor de lo humano per se se hubieran instalado. Pero nada de esto ocurrió.

La conquista

Mezcla de cruzada medioeval —recordemos que los españoles, a pesar de su mínima participación en la Cruzadas, habían tenido su cruzada particular— en combate contra infieles, evangelización, guerra

santa, codicia, imperialismo, acopio de fuerzas para sostener guerras en Europa, plurinacionalidad, con todo lo que eso conlleva: diversas morales, diferentes escalas de valores, etc: la conquista de América trajo mil cosas consigo; pero de seguro no el humanismo. El catolicismo español, contagiado del fanatismo islámico, a decir de Octavio Paz, no amaba al prójimo; donde no lograba convertirlo, lo mataba. ¿Qué otra explicación podemos dar, si no, a la reacción del padre Valverde ante Atahualpa?

España no había seguido el camino de las reformas europeas. A falta de humanismo, faltó luego la reforma religiosa –fuera ésta desde dentro o desde fuera de la Iglesia–. Esto impidió luego las otras dos reformas tan importantes: aquella que Spinoza llama “la reforma del entendimiento” y, luego la gran reforma política de los siglos XVII al XIX: John Locke y Montesquieu, Kant, Hegel y Fichte. En España hubo, sigue Octavio Paz, arte y sátira, pero ni ciencia ni razón crítica.

Esto, por supuesto, hay que atribuirlo a la Contrarreforma, que no fue, como se dice, una reforma desde dentro de la Iglesia: España, la aventurera, la moderna, la que da la vuelta al mundo, se cierra a la razón. Sor Juana Inés de la Cruz es obligada en México a destruir su teodolito y quemar sus libros. ¿Dónde está el Galileo, el Kepler, el Newton español? Sin humanismo no hay reforma de la cruel religión: Inquisición, *index*, escolástica tomista. Sin ello no hay ni reforma del entendimiento ni reforma política. Se cultivó el arte; tenemos quizá los más grandes artistas: Garcilaso, Cervantes, Velásquez y Murillo. ¿Dónde están nuestros críticos? ¿Donde nuestra autocrítica?

Los Austrias, con su noción de imperio, se vieron enfrentados a un gran problema: la unidad en la diversidad: cómo gobernar todo ésto que era suyo, tan vasto y tan diverso. Y, la verdad sea dicha, a pesar de todo el daño que hicieron, comparados con los Borbones que los suceden a mediados del siglo XVII, fueron los Austrias relativamente buenos gobernantes: se hablaba de *los reynos del Perú*, para los que había cortes especiales; los virreyes eran sometidos a juicios de residencia, a lo que se niegan nuestros gobernantes aún en las puertas del siglo XXI; las castas estaban bien definidas, y las personas, al menos en teoría, sabían el lugar que les correspondía. No hubo parias en los

'reynos de México y el Perú'. Claro que los Austrias no podían saber lo que hacían por acá todos los Lope de Aguirre que aquí llegaban. Claro que tampoco podían saber si los indios encomendados al cuidado de los españoles morían por balas o de gripe; claro que, en el fondo, el interés hispano-austriaco no era como se dice del de los colonizadores de Europa del Norte: dale un pedazo de desierto a un alemán y pronto hará de él un jardín. Los Austrias estaban empeñados en pelear la supremacía europea con sus primos los Borbones, con los Tudores, con los italianos. La sola lucha del extraordinario Bartolomé de las Casas es prueba suficiente de que la palabra humanismo no estaba escrita aquí con el mismo tamaño de letra que la corona ordenaba allá.

Claro que los jesuitas son los protectores de los indios e impulsores del sincretismo: Guadalupe-Tonantzin y Santo Tomás-Quetzalcoatl son sólo dos ejemplos; miremos también los altares, púlpitos y frontis de las iglesias coloniales, veremos la diablada y el santoral íntegros, bailando casi juntos; indios "convertos" que tallaban santos/demonios: mundos diádicos, triádicos, la fantasía de los pueblos. Véase al respecto la autorizada voz del jesuita Manuel Marzal. Poca ternura, en suma, y poca razón: el hombre lejos del hombre. Los jesuitas, además son expulsados y los Austrias destronados. Pomposos dominicos e ignorantes borbones los suceden. Los 'reynos' se vuelven colonias; las encomiendas, feudos. Mientras el resto de Europa desarrolla el comercio, el mercado, la burguesía, la competencia, la industria y la industriosisidad, a estas tierras se les impone el mercantilismo de un solo puerto; recuérdese: Sevilla, Veracruz y el Callao. Se ven forzados a cerrar nuestros mercados, a impedir por la fuerza a ingleses y holandeses que se acerquen a estas costas; el que lograba atravesar aquel bloqueo era hecho noble en su patria por los servicios que había prestado a su corona.

(Permítaseme una digresión, Brasil ha mantenido cerrado su mercado de computadores, se dice que para proteger a la industria nacional: un computador, cuyo precio en el mercado internacional bordea los 400 dólares, costaba hace unos meses en Brasil cerca de 5000. Esas son las consecuencias de las políticas de encierro. La naturaleza hace tiempo ya que abandonó la técnica de producir animales que sobrevivan escondiéndose en su caparazón).

Volvamos al tema. Los Borbones, en su versión más radical, fueron borrados de la historia francesa entre 1789 y 1815. De ahí en más Francia desarrolló su monarquía burguesa, sus revoluciones, sus cinco repúblicas. No ocurrió otro tanto en España: Fernando VII es vitoreado por el pueblo de Madrid a su regreso: los hijos se sienten seguros otra vez, cuando llega el padre de regreso a casa. Quizá tenga esto que ver con nuestra dependencia de la figura del padre: el paternalismo está presente en todo orden de nuestra vida. En el hogar, en la escuela, en la polis. Uno de los rasgos esenciales del humanismo es aprender a pararse sobre los propios pies, y caminar, bajo propia responsabilidad del planteamiento de metas, del diseño estratégico para alcanzarlas, y del orgullo de su consecución, pero también de la responsabilidad por nuestros yerros. Deshacernos del padre no quiere decir la revuelta. Nuestros países son ricos en revueltas y, hasta hace poco, pobres en verdaderas luchas por una real independencia.

La independencia de los criollos

El imperio español se venía abajo, por viejo, por vetusto y por incapaz de competir contra la modernidad económica, técnica y política. Bastó que unos cuantos criollos enterados de lo que ocurría en el resto del mundo, especialmente en Francia y en Estados Unidos de Norteamérica, aprendieran algo de su visión y de sus técnicas: con ello se enfrentaron a la vieja y pesada España, y la derrotaron.

¿Peró qué podrían hacer luego? Ya me libré del padre; muy bien. ¿Quiere eso, acaso, decir que soy libre? Desde luego que no. La libertad se alcanza luego de un largo camino: los pueblos como las personas no pueden arrancarse al padre y autotitularse "desarrollados" o cualquier otra cosa. La muerte del padre supone un duelo que incorpore elementos de éste en uno: que libre de su exigencia, lo lleve consigo, lo tenga y lo supere.

Los criollos le voltearon la cara a España y se dieron Constituciones modernas. Esa fue otra mentira más: secular forma de mentira nuestra: creímos que seríamos, lo que decía el papel. Surgieron los Sarmiento, Bello y Alberdi, y hasta Bolívar y San Martín discutieron al respecto: monarquía o república. Muy hermoso, aunque en la sierra

del Perú siguiera el feudalismo hasta muy entrado el siglo XX. ¡No! Los criollos tampoco fomentaron el humanismo en Latinoamérica. Para ello hubieran debido romper sus esquemas mercantilistas, estudiar y competir: el mercado obliga al desarrollo del ser humano; frente al llamado 'capitalismo salvaje', la sociedad tiene obligación de proteger al desvalido, pero no precisamente a quien mejor puede valerse por sí mismo para desarrollarse. Las clases criollas dirigentes no aprendieron a ejercer el poder que les cayó de la historia. Es cierto que el caudillaje y el militarismo lo dificultaron: pero eso es justamente de lo que estamos hablando: muy claramente graficado en aquellos famosos cuartetos.

"Cuando de España las trabas
en Ayacucho rompimos
otra cosa más no hicimos
que cambiar mocos por babas.

Mudamos de condición,
pero sólo fue pasando
del poder de Don Fernando
al poder de Don Simón".

Dejemos a Bolívar en paz. Para que alguien domine a otro, es muy útil que el otro se deje dominar. Las clases dirigentes no fueron tales, al decir de Basadre, sino sólo dominantes; las otras, en consecuencia, no fueron dirigidas, sino sólo dominadas. Tampoco aquí podemos, pues hablar de humanismo.

Los tiempos que corren

América latina muestra actualmente una extraordinaria movilidad. Migraciones, movilidad social, industriosidad de estamentos sociales que se van convirtiendo en clases, producción en áreas de ventajas comparativas, ascenso de políticos nuevos, llevados al poder por clases medias emergentes. Es, de alguna manera, similar a como fue en Europa la segunda revolución industrial, donde el pequeño motor eléctrico estaba al alcance de lo que Marx llamó el pequeño burgués, su más duro rival. Es por ello que Sendero Luminoso ataca el incipiente poder del capitalismo popular: porque funciona, liberan-

do al hombre de la dependencia interna. No hablo de la opresión del capitalismo salvaje, que es evidente que hay que combatir. Hablo del mestizo que se para sobre sus propios pies y dice: 'bueno basta, yo tengo que rescatarme a mí, a mí y a los míos'. Es esta nueva burguesía latinoamericana la que podría desarrollar los valores humanos universales con el sello de lo propio. Véase por ejemplo el 'tuteo'; ya no es ese tuteo tradicional del que no sabe diferenciar y dice "tú patrón". Es un tuteo consciente de la emergencia del propio ser. Es un tuteo que reafirma el propio valor.

Existe, empero, un grave riesgo en todo este proceso. Enormes sectores de nuestras sociedades han sido oprimidos durante siglos, o milenios quizá, permitiendo la formación de elementos más o menos subyacentes de indecible agresividad. Esta agresividad se ha mantenido reprimida en la medida en que las instancias represivas de los diversos aparatos estatales conservaban cierto grado de vigencia y efectividad. Las clases dominantes, con ello, no han hecho otra cosa que ponerse bombas de tiempo por todo el continente (aunque de diferentes grados de poder explosivo), pues las emergentes sociedades mestizas no tienen por qué saber que la ecuación —"ahora que por fin puedo, ahora me toca a mí oprimir"— es falsa de toda falsedad. La pendiente del ilustrado despotismo incaico a la ramplona y hasta vergonzante opresión criolla fue pasando por el ordenado pero depredador dominio Habsburgo y la ignorante explotación borbónica. Quienes debían, al frente de los destinos de sus naciones, tomar la posta del liderazgo, poco habían aprendido de otros patrones.

Deben entonces surgir nuevas clases dirigentes —emanar, podría decirse, del propio seno de las emergentes naciones latinoamericanas—; que sean capaces de llevar a cabo una real 'constitución' de las polis, un acuerdo de todos los ciudadanos, iguales ahora, como seres humanos, ya no sólo ante Dios, sino sobre todo entre sí. Acuerdo que renuncie al derecho, originalmente legítimo, de hacerse justicia por propia mano, y que permita la organización de sociedades que, ahora sí, encuadren el accionar de estos pueblos hacia la consecución de los valores que reconozcan en su propio sustrato cultural y vital. Ese es el verdadero sentido de Humanismo, y eso es lo que deseamos a nuestras tierras.

América latina ha padecido en las últimas décadas el grave mal de las políticas populistas. Haciéndose eco de doctrinas socialistas concebidas para otras realidades (léase: sociedades reformadas), y convirtiendo la vieja lucha contra el patrón en nueva y más organizada lucha contra el 'imperio', Latinoamérica se lanzó en una estrategia subregional por demás heterodoxa, con los resultados catastróficos de todos conocidos. Una vez más, el modelo de desarrollo "hacia adentro" —como se le llamó en la década de los 70s.— repetía la vieja estrategia de esconderse en el caparazón. La famosa tesis de la "sustitución de importaciones" resultó en estrepitoso fracaso. El agravante esta vez lo constituía el hecho de que, en virtud del extraordinario avance tecnológico de que se disponía, nos encontrábamos en un mundo que (a decir de Marshall Mc Luhan) luego de haber 'explotado' durante cuatro siglos, haciéndose cada vez más y más grande, se encontraba ahora en un nuevo proceso de intensa 'implosión', haciéndose —dado el rápido avance de las comunicaciones— cada vez más pequeño e interconectado. Bien mirado, era pues una locura pretender 'encapsularse'.

Las consecuencias fueron desastrosas para los latinoamericanos. El subdesarrollo, el hambre, la miseria, campean en nuestros países, que son ahora realmente más inhumanos que nunca.

Y aunque las próximas líneas son escritas teniendo bajo la lupa básicamente la perspectiva peruana, pensamos que las diferencias de matices son menores que las semejanzas entre éste y la gran mayoría de casos de los países de la región, especialmente de aquellos que integran la llamada 'sub-región andina'. Además, por la hipertrofia de sus 'síntomas', el caso peruano es ejemplificador, por lo cual creemos que vale la pena detenerse en él brevemente. Se trata del divorcio entre las clases que alguna vez tuvieron la responsabilidad de dirigirlo, y lo que Haya de la Torre llamaba 'el Perú profundo'. Eduardo Galeano dice en su libro *Las venas abiertas de América Latina*, que alguna vez de paso por Lima trabó contacto con la burguesía de esta capital, y añade (en cita más o menos libre, pero en la que los conceptos corresponden): 'la más ignorante y casquivana de todas las burguesías del continente'. Muchas son las denominaciones que han sido utilizadas para referirse a este asunto. Tal vez la más acertada sea la de Jorge Basadre: '*La república aristocrática*'. La república aristocrática tiene su antecesor

más remoto en la sombra de la corte virreynal. Siendo los españoles responsables de las decisiones de gobierno, los criollos nunca fueron educados en el ejercicio de la responsabilidad política. Siendo la sociedad limeña, empero, básicamente criolla, gozaban sus miembros de muchos de los derechos. Reducido a su más simple expresión, podría decirse que disfrutaban de muchos de los derechos de la nobleza, sin cargar con sus deberes. No en vano se mostraron incapaces de gobernar cuando les llegó su turno. Respondiendo a envidias y rencores acumulados por largo tiempo, se lanzaron en desbocada lucha por el poder, sin parar en mientes en las consecuencias desastrosas de su caudillismo. Dicho caudillismo vestiría luego de civil, y en la medida en que la figura de turno tuviese consistencia, se formaban a su alrededor sociedades cortesananas que miraban hacia Europa, pretendiendo darse —a través de afrancesadas constituciones— una identidad a la que históricamente aún no accedían: él salto a la modernidad no se da, si no se evoluciona hasta él. No era la reforma formal la que se deseaba, sino la real; pero ésta era incomprensible, inalcanzable.

El 'país real', mientras tanto, iba creciendo en el 'hinterland' —millones de peruanos subsistían en el campo en condiciones de vida por debajo de los niveles de pobreza crítica. Progresivamente se desplazaban hacia las ciudades en busca de mejores oportunidades de vida; fueron desbordando las estructuras socio-políticas, y los endebles cimientos del viejo Estado se vinieron estrepitosamente abajo, ante esa turba inorgánica y multicolor que todo lo invadía, diseñando sus propios esquemas, apropiándose a su manera y con sus limitaciones de la técnica occidental, produciéndose interesantísimos fenómenos como la llamada 'cultura chicha' (que engloba desde lo que se conoce como música tropical andina y los productos 'marca chanco', hasta la figura de un nuevo tipo de peruano que recibe el apelativo de 'achorado').

Este variopinto conglomerado comienza a aparecer en la década de los '50s. Pero no es sino hasta la revolución socialista de J. Velasco Alvarado (1968 a 1975) y la consecuente crisis integral de la sociedad peruana (con sus dimensiones: social, política, económica, moral, de autoridad, etc.) que se posesiona de la periferia de las ciudades, y luego poco a poco las invade, cambiándoles su identidad calma y cortesana, por otra de ebullición, mercado y delincuencia.

Hay muchos estudios sobre este fenómeno. Unos de corte cultural y antropológico, otros más bien económico y empresarial. Todos, sin embargo coinciden en la enorme importancia que ha tenido este nuevo hombre peruano, burgués de segunda o tercera generación, que suma a las estrategias de supervivencia aprendidas en la jungla en la que se desenvuelve, las otras tradicionales de sus lugares de origen, como la cohesión de la familia extensa y el trabajo comunal.

Esto, claro está, aún no es lo óptimo en materia de desarrollo socio-cultural. Persisten en este esquema elementos cuestionables, como la preeminencia del grupo o clan por sobre los intereses de la sociedad en su conjunto. Pero, —si hemos de creerle a Toynbee, cuando dice que los únicos pueblos que han soportado el embate de occidente son aquellos que han logrado apropiarse a su manera, hasta llegar a dominarla, de la tecnología occidental, sin por ello perder los rasgos esenciales de su identidad; produciendo, al contrario, como fruto de esa simbiosis, avances inéditos y manifestaciones culturales y económicas, que redimensionan al hombre que las produce— habremos de reconocer que en este sentido estamos ante la más importante revolución humana que haya tenido lugar jamás en América Latina. Doscientos millones de latinoamericanos asumiendo en sus manos sus destinos, acusando, fiscalizando y, dado el caso, hasta destituyendo gobernantes, eligiendo a quienes consideran sus iguales, apropiándose de sus polis.

Ciertamente este proceso habrá de durar largo aún. Tendrá avances y retrocesos. Como proceso del hombre latinoamericano en su camino hacia sí mismo, tiene y aún tendrá componentes análogos a los que se dieron en otras sociedades que dieran antes este salto. También tendrá componentes absolutamente novedosos, fruto de la ideosincracia absolutamente propia de cada gran "colectivo". Habrá violencias y violaciones —no puede ser de otra manera, en un continente tantas veces violado.

Pero el ciudadano que al final emerja, aun siendo fruto de muchas y muy diversas violaciones, será uno dueño de su destino, un hombre libre.

BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA

Paz, Octavio

- 1959 *El laberinto de la soledad*. F.C.E., México.
1970 *Ibid. Postdata*. Siglo XXI, México-Madrid.
1979 *Ibid. El ogro filantrópico*. (Historia y política, 1971-78). Seix Barral, Barcelona.
1983 *Ibid. Tiempo nublado*. Seix Barral, Barcelona.

Erikson, Erik

- 1977 *Child and society*. Triad le Granada, Suffolk.
Ibid. Identidad y ciclo vital. (Barral-Varias ediciones, Barcelona).

Grabmann, M.

- 1961 *Die Geschichte der scholastischen Methode*. Freiburg 1911 - Basel /Stuttgart.

Holz, Harald

- 1982 *Antropodizee*. Peter Lang Verlag, Frankfurt/Bern.
1986 *Ibid. Hitler und die deutsche Seele*. (Eine Studie über politischen Irrationalismus). In. Concordia N° 10, Materialis Verlag, Frankfurt.
1973 *Ibid. Mensch und Menschheit*. Bouvier Verlag, Bonn.